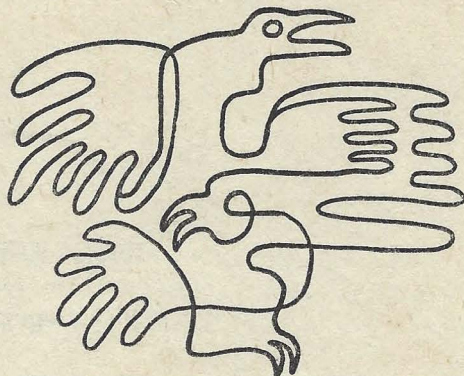


ANTOLOGIA
MAYOR
DE
SAN
MARCOS
(Narradores)



SUPLEMENTO DE LA "GACETA UNIVERSITARIA"
CUARTA EPOCA. AÑO 2, No. 4 - MAYO DE 1987

ANTOLOGIA MAYOR DE SAN MARCOS

(Narración)

Al hacer un balance general de la narrativa se tiende necesariamente al análisis selectivo, a la minuciosidad crítica, a la síntesis precisa y a la clasificación de las diversas escuelas o corrientes literarias a las que pertenece el escritor de acuerdo a sus formas expresivas: uso del lenguaje, mundo representado, etc. De este modo, se da en este proceso una serie de tendencias muy diferenciables dentro de las que podríamos destacar las líneas regionalista y urbana, el realismo mágico y algunas vetas fantásticas, todas ellas con sus matices específicos que, de una manera muy peculiar, reflejan el panorama harto complejo de la sociedad peruana.

En la presente antología se incluyen 16 narradores sanmarquinos —la mayoría de ellos continúan siendo docentes—, algunos ya consagrados mediante una obra ejemplar; otros, muy jóvenes, irrumpen con pie firme a enriquecer y consolidar el género narrativo. Si incurrimos en alguna omisión ésta es involuntaria.

Así mismo, se juntan distintas generaciones de acuerdo a la singular manera de percibir el mundo, a los estilos, a las temáticas, que cruzados entre sí por diversos elementos, denotan: experimentalismo verbal, asimilación de nuevas técnicas, movimientos de ruptura o negación de los convencionalismos, etc.

La presente muestra es parte de ese copioso y extenso panorama de la actual narrativa que se escribe en el Perú, y la Universidad de San Marcos se aprecia de tener como maestros a un grupo selecto de autores que sustentan esa expresión literaria.



INTRODUCCIÓN
MAYOR
DE
CAB
BUENAM
(Luzmila)

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
UNIVERSITARIA
CALLE BOCA SUR N.º 1000 - LIMA

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCO

La literatura nacional peruana, es esa misma vida, que ahora sabemos múltiple, plural y heteróclita, hecha paradójicamente a fuerza de oposiciones y conflictos dramáticos e incluso sangrientos, hasta que en algún momento la totalidad nacional no sea el resultado de las contradicciones, sino de la justicia fraternal e integradora.

ANTONIO CORNEJO POLAR

PUERTO POBRE

(fragmentos)

Miró la ciudadela donde se asienta la ciudad, aspiró los limoneros que le salían al paso, avanzó con sus fardos como cosidos a ambas manos la calle Dikasteri6n, y con la ayuda de algunos "paisanos" fue a establecerse en la Explanada, donde se oía todo el día las voces de los comerciantes y compradores. Después de poner una vela a San Espiridión, el patr6n de la isla —le ayudaré a colocarla bien en el centro para que el santo la contemple cómo chorrea gracia . . ., consiguió una pequeña casa en el suburbio de Kastrades, desde donde podía divisar al frente las costas albanas, tras el canal azul, como todos los azules del Mediterráneo, que él conocía tan bien. Establecido, visitó a la viuda isleña que levantara su espíritu y agilizara su cuerpo después de dos naufragios, y le propuso matrimonio. La viuda aceptó. Estaba joven, un poco entrada en carnes, pero era alta y le colgaba rubia cabellera. Llevó su patrimonio y un hijo. Landolfo Rúffolo sus piedras preciosas y las telas de su tienda. Y fueron a vivir a la casa de Kastrades. El amor se combinaba con el paisaje. En las noches, Landolfo contaba el dinero, en tanto ella lo esperaba impaciente, mientras se veían sombras de embarcaciones que iban de Brindisi a Corinto o desde Venecia y Trieste a desembocar en pleno Mediterráneo. Era la hora en que viejos griegos, bizantinos, latinos de las cruzadas, sefarditas, recitaban sus oraciones o repetían ante sus familiares, leyendas extraídas de antiguos veneros que parecían piedras de las canteras del Helesponto.

Era curiosa la escena en casa de Landolfo. Este abriendo y cerrando arcones, mientras ella se revolvía desnuda entre sábanas bordadas. Después, metódicamente hacían el acto carnal, en medio de las expresiones de satisfacción de Andreuola, que las medía en intensidad para no despertar al hijo Marzio. Barcas y barcas en el amanecer, al mediodía, al atarceder, de tan variado y pintoresco tipo que no

se sabía si eran conducidas por Caronte o San Pedro hacia regiones de otro mundo. Landolfo se santiguaba cada mañana y recomenzaba el día.

A él —¿por qué no?, se preguntaba siempre— le gustaba la naturaleza. Con ello no se pierde nada. Y su amigo *Ducio* que llegó a su casa pidiendo asilo, en viaje al Oriente, le enseñó a manejar los pinceles y a trazar líneas y a combinar colores; y fué así como comenzó a hacer apuntes de veleros y a pegarlos en su cuarto que se calentaba con el aire tibio del Mar Jónico lamiéndole la espalda, aunque a veces se humedecía con las esporádicas lluvias que llegaban por setiembre. A la mujer, en cambio, podía vérselo ciñéndose telas al cuerpo que trataba de cimbrear, en un cuarto profuso de espejos. La eternidad y el infinito eran el arte de vestirse. El hijo vagaba por las calles, tiraba piedras al Río Misongi o se orinaba en él probando hasta qué punto de la corriente podría llegar. Sólo a cierta hora asistía a las clases de su maestro latino, quien vivía por siglos en Corfú, pues aseguraba haber visto en persona a Ricardo Corazón de León. Los vecinos señalaban sus barbas que tocaban las rodillas y que tenían color y olor de centurias. Ese mal olor no dejaba tranquilo a Marzio, pero en cambio le seducían las leyendas que contaba, a guisa de enseñanza, sentado en una inmensa butaca ante libros apergaminados.

Corfú era bella. Pero a la vez la recubría un manto de historia. Y don Paolo hablaba de Alcinoos y de Nausicaa y de cómo Odiseo o Ulises llegó allí. Y podía verse la primera piedra en que se ocultó desnudo. Y el lugar donde se conservaban entre maleza, unas otras amontonadas que parecían pertenecer al Palacio de Alcinoos.

Marzio entresoñaba, colocado frente a una ventana. Y, después de ver Nausicaas por todas partes, iba a contarle a su padre que esto, que lo otro y a Landolfo se le iluminaba el rostro, generalmente intrasparente. *Ducio* sabía también cómo entusiasmarlo poniendo en lienzos lo que Marzio contaba. Corfú era bella y no la cambiaba por nada así como tampoco cambiaría a *Andreuola* por nadie. Después, todo podía cambiarse y de esto precisamente nacía el interés por la vida. Cambios y cambios que producían riqueza. A nadie le disgusta poseerla y todos vamos tras ella. —Ya sé... ya sé! que hay excepciones. Y calmaba a *Ducio* que hablaba de tantas cosas que él había visto. Y eso era vida. Surgían entonces catedrales de puntas infinitas, palacios donde había estatuas maravillosas, y se iban caminando hacia atrás, hacia atrás, hacia el norte, hacia el norte, por los senderos que *Ducio*

quería. Y, luego, él se ponía a pintar veleros. Con uno o dos mástiles, con uno o dos castillos, con las velas de tal y cual forma. Hasta que se cansaba y se ponía a ver el mar. —Eso es lo mejor. Y señalaba tras los cristales venecianos, donde el azul reverberaba en ondas. Entonces Ducio hablaba y hablaba sobre la naturaleza y el arte... y no se sabía cuál era mejor...

Como un huayno se ha formado la alegría entre las rocas, allá arriba. Y vinieron los —¡qué espanto!— Nos sentimos primero sumidos por el mar y, luego aquí dando vueltas entre palos y rocas, con tremendo cataclismo y las olas barriendo la isla y nosotros perdidos y el muerto... —¿Qué muerto?... —Ese esqueleto amarrado a la tierra, cogido de ese pedazo de bote clavado, como estaca. Nadie pensando inmediatamente en él. —De la "Carmen" no queda ni mierda... Y Salvador mira a Jacinto y mira a Pascualita... —Perdón... —Ni pizca... Allí están los restos... —Los vimos... —El fin del mundo... Y la rueda sigue, sigue, de boca a boca en carousel. —La caraba en triciclo... —y el mar que se desfondaba bajo nosotros... —Y allá ¿cómo han estado? —¿qué es de los Pérez y de los Fernández? —Bien. bien... por lo que sabemos... es todo tan confuso... el de la Escuela los hizo salir a los chicos y... Salvador besaba a Pascuala y a Pascualita y a Andrés y a Javier... El mar ahora manso en derredor, como si la Isla chupara agua por abajo. —¡Felizmente no era un peñón... Sólo la vaina del muerto. Una interminable sucesión de olas los llevaba hacia adentro, mar adentro. Perdidos en aguas revueltas. Sólo un pedazo de embarcación para agarrarse y los miembros extenuados irían cediendo a la presión inmensa del océano. No quedaba sino el aliento y ese se les cortó a cada uno al dar un postrer grito que fue perdiéndose en el interior del mar cuando los jalaba hacia el fondo la inercia de la muerte.

— y ¿el muerto?

Voltearon todos de pronto hacia él en una certificación tranquilizadora. —Lo encontramos aquí... parece mentira. Debió ser un naufrago... Pascualita volvió a adquirir esos ojos grandes, negros, extrañados, intrigados y azorados al mismo tiempo. Salvador quería esquivar el tema. Sentía como si eso... eso... eso... quitara la alegría que se había despertado con el encuentro. —Al fin... ¿qué cosa?... un muerto que debió vivir hace tiempo aquí... Y punto...

—¿Cómo?... ¿De qué vivirá Pascualita insistía.

Salvador no encontraba respuesta. —Pocos días, tal vez... hace mucho tiempo, repetía. —Es un esqueleto... puro hueso no más... verdad que las aves... Se contuvo en la explicación. —¡Qué tal vaina! se dijo. Y Pascualita, volteando la cabeza hacia él con sus ojos preguntones. Salvador tratando de mostrar que se olvidaba y la besaba y los besaba de nuevo. —Dios ha querido salvarnos. Pero ahí estaba Pascualita con su mirada profunda interrogante y el muerto tendido con los huesos de la mano rodeando ajustadamente un pedazo de madera comida. —Lo echaremos al agua, según la tradición marinera... Pero vámonos de una vez... no vaya a ser que se nos venga otro terremoto... La tierra sigue temblando de rato en rato... y se va haciendo tarde... Andrés y Javier emprendieron la marcha detrás del viejo que no había hecho mayor demostración de júbilo. Un —felizmente; un pasar la mano por los hombros como sintiéndolos vivos y un cigarrillo para cada uno, prendiéndoles el fósforo.

Pascualita dio una vuelta en torno al cadáver. —Vivió entre tanta roca, en un pedacito de tierra, con una mano cogida a un pedazo de palo humedecido... y... ¿qué más?

—Es sólo un esqueleto, Pascualita... como tantos... y, además, como ves, tiene la cabeza seccionada... seguramente por algunos pájaros. Pero Pascualita no reía... —No sé como no se lo llevaron las olas... increíble... Parece pegado a la tierra... incrustado... ¿no es verdad?. Salvador y Jacinto y Sebastián se sentían incómodos. Pascuala se sacaba "conejos", jalándose los dedos de una mano con los de la otra. Pascualita siguió dándole vueltas. —¿Y quien sería, no? Salvador impaciente. —Vamos a echarlo, Jacinto.

—¿Para qué?... Déjalo papacito! Y estaba contemplando las cavidades abiertas de los ojos, el hueco de los oídos por donde entrarían los inmensos rumores del mar, las hileras de dientes completas, los huesos de los pómulos por donde pasaron desde arriba los pensamientos... —No lo tiren, por favor. Todo ella era una súplica.

—¡Está bien!... ¡Está bien!... Si tú lo quieres.

Pascuala movía, en tanto la cabeza, y se persignó. Los chicos estaban ya en el bote con el viejo. Jacinto y Sebastián como esperando lo que Salvador decidiera mientras éste se movía impaciente sin dejar de mirar a Pascualita.

Las nubes se habían amontonado sobre un redondo sol enorme. Abajo, las olas empujaban el bote en un juego de niños, arriba los huesos astillados de la mano cogidos al palo mugriente. Y el cráneo

del muerto se iluminó de pronto con un rojo vivo. Se oyó como un cuchichear de insectos dentro. Hubo en reacción un brusco movimiento de expectativa y todos levantaron los brazos. Sólo Pascualita estaba ya limpiándole con su vestido mojado donde las flores lilas parecían encogerse con la tarde: y soplando por las cuencas vacías para que se fuera el polvo y los desperdicios de las aves. Había algo de ceremonial en esto cuando sonó la pregunta fuertemente: —Me puedo llevar esta cabeza, ¿no?

Y sintió que alguien estaba mirando detrás de las cuencas vacías

AUGUSTO TAMAYO VARGAS (Lima, 1914). Dueño de una vasta tarea literaria, ha publicado las novelas **Búsqueda** (1953), **Una sola sombra al frente** (1973), **Impronta del agua enferma** (1974) y **Puerto Pobre** (1979).

Segundo premio del Concurso de Novela Universo 1973.

LA MUERTE DEL DOCTOR OCTAVIO AGUILAR

(fragmento)

*Desde la aurora
combaten dos reyes rojos
con lanza de oro
Por verde bosque
y en los purpurinos cerros
vibra su ceño*

Los versos breves y fugitivos de José María Eguren, en el aire mustio del salón de clase, cobraban dulce sustancia, elástica densidad, iluminados volúmenes que lamentablemente resultaban también fugitivos: después de unos dorados arabescos, de unos espirituales pasos de danza, se retiraban a una oscura soledad y daban paso a informes conceptos anquilosados y sin gracia, versos pentasílabos u octosílabos, rimas asonantes, matices cromáticos, símbolos bisémicos. El doctor Octavio Aguilar carraspeó sordamente, se movió con aire descompuesto en su ancho sillón profesoral, llevó el índice de la mano diestra al caballete de su nariz para ajustarse los anteojos y, luego, continuó trabajosamente la magistral exposición. Su movediza pausa no había contenido la inquietud que siguió creciendo en su interior, sin que bastara tampoco a dominarla el ejercicio augusto de sus deberes, casi sacerdotales, ante la multitud de rostros imberbes que lo contemplan con ávidos ojos, o volvían hacia él unas orejas igualmente sedientas que no deseaban ni se atrevían a perder palabra alguna de su boca. ¿De dónde venía esta angustia que le oprimía el pecho, que le nublabá los ojos, que le hacían pensar en la muerte? En los cerros de púrpura, detrás de los verdes bosques, los reyes rojos se quedaron inmóviles, suspendieron por un momento su poética lid para contemplar este otro extraño combate de un hombre solitario consigo mismo, ante unos juveniles espectadores que, sentados en duros pupitres de madera, de nada se percatan-

ban, al parecer. Hacía un mes que fuera al médico, donde el bueno de Blásquez, a que lo chequeara de pies a cabeza, con el pretexto de un malestar indefinible y de un próximo y aún mas indefinible viaje a la alta ciudad del Cuzco. El viejo Blásquez lo examinó minuciosamente, después ordenó unos análisis y, por último, el lunes pasado le había dicho: "No tienes nada, maestro admirable, no tienes nada". Ante tamaña incredulidad científica, tímidamente, como último recurso, le confesó a Blásquez que algunas noches no podía dormir, que oscuros pensamientos lo obsesionaban, que sordas sensaciones le oprimían. Blásquez no dio su brazo a torcer, no perdió su sonrisa, no le hizo caso. "No es nada —dijo— no es nada. Come poco en la noche. No trabajes mucho. Y, en todo caso, toma estas píldoras, una con cada comida". Y le alargó un frasquito que había sacado de una blanca vitrina colmada de medicamentos. Eran, evidentemente, las píldoras de la despedida. Sólo para eso sirvieron, para abandonar a Blásquez, bañado en su beatífica y profesional sonrisa, junto a su vitrina medicamentosa y con una pared de diplomas detrás. Indefinible y esquivo a los análisis, el malestar creció por encima de píldoras y dietas y se fue definiendo poco a poco, cada vez más amenazadoramente: era una pesada bola que le oprimía el pecho, que le apretaba el corazón, que no lo dejaba respirar, que lo empujaba inexorablemente a un agónico combate personal a muerte, contemplado siniestramente por los dos reyes rojos. Los reyes rojos, sí. Apresuradamente, apartó a un lado el pulcro consultorio del doctor Blásquez, arrojó las píldoras al canasto del olvido, dejó en suspenso la dieta de insípidas legumbres y volvió a entrar en el regio combate eterno, volvió a ver las hoscas figuras enemigas iluminadas por la luz cadmio, volvió a contemplar el brillo de sus lanzas de oro en la oscuridad de la noche. Las palabras iluían de su boca como un río también eterno. En realidad, hay que confesarlo, este río verbal no tenía la tersa eternidad del poema: discurría sobresaltadamente y se detenía indecisamente ante cada neologismo más o menos exótico, para trazar sutiles y nebulosos meandros de engañoso rumbo, en cuyo transcurso se mareaba y perdía pie. El mundo se venía abajo, sin remedio, se sentía cada vez peor y estuvo tentado de interrumpir la clase. Pero no, odiaba los gestos dramáticos, sobre todo ahora que sus palabras se deslizaban sobre la melancólica poesía sin tragedia de José María Eguren. Con gran esfuerzo siguió hablando, siguió pronunciando unas palabras que, separándose de él, como globos extraños, flotaban en torno suyo con vida propia e independiente, formaban una fila

interminable y se alejaban mansamente, mientras su angustia crecía. La bola de su pecho era una montaña que lo inmovilizaba, el espanto de la muerte paralizaba sus miembros. ¿Cuántas veces había sentido lo mismo? Viejos padecimientos olvidados volvieron a su mente: de niño se despertaba a veces, a la media noche, con un tumulto en el corazón, con la sangre zumbándole en los oídos con unas desesperadas ganas de levantarse y sin poder hacerlo, sin poder hablar ni gritar ni respirar siquiera; eran apenas unos apretados instantes que a él le parecían una eternidad, durante la cual llegaba a sentir el aletazo de la locura o la muerte, y sólo cuando se hallaba en el límite mismo de su infantil resistencia, conseguía incorporarse en el lecho, aspiraba una honda bocanada de aire, se limpiaba el sudor de la frente, esperaba que se quietara el tropel de latidos encontrados en su agobiado pecho y volvía a dormirse, sin pesadillas ni sobresaltos esta vez, hasta la mañana siguiente. Pasó el tiempo y, a la llegada de la adolescencia, desaparecieron esos asaltos de la muerte, lo dejaron en paz durante muchos años, no turbaron sus estudios universitarios, ni su matrimonio, ni su carrera académica. Y ahora, cuando ya los había olvidado, al parecer definitivamente, volvían a torturarlo y lo hacían impudicamente, ya no desde un sueño, sino en plena vigilia. Un pesado silencio lo despertó de su angustia, los globos aéreos de su verbo habían desaparecido, hacía muy poco seguramente, pues los alumnos permanecían silenciosos y como arrobados, como escuchando todavía las vibraciones postrimeras de su voz y algunos lápices se encabritaban aún sobre las libretas de apuntes, cazando sinuosamente las últimas palabras fugitivas que, sin darse cuenta, había hechado a volar por el aire mustio y usado del aula. El retorno de la conciencia agudizó su angustia, no había nada que hacer y resultaba triste comprobarlo: los versos resultaban evidentemente tan inútiles como las píldoras o las dietas. Cuando se hallaba al borde mismo del colapso, pudo ver desesperadamente una delgada mano que se alzaba sobre el enjambre de juveniles cabezas apiñadas y escuchó el castañeteo de unos dedos impacientes y nerviosos. Era el tonto de Zanabria que, como puntillazo final, venía a torturarlo con una de sus necias preguntas de lector infatuado. Insinuó apenas un ademán de asentimiento, que fue suficiente para que Zanabria se levantara de un salto, como elástico felino que se lanza sobre una presa largo tiempo acechada, y empezara una de sus atosigantes preguntas llenas de circunloquios, citas y digresiones. En ese momento, el corazón del doctor Octavio Aguilar cesó de latir, el peso de su cuerpo creció

hasta el infinito, su cabeza cayó sobre el pecho y cerró los párpados para hundirse en una oscuridad increíble. "Al fin", alcanzó a decirse y se dio cuenta de que estaba muerto, lo que no dejaba de ser curioso, sobre todo para él, hombre escéptico y razonador. Resultaba más curioso aún que, en el silencio total que lo envolvía, como para destacarlo, del mismo modo que una mancha de sombra hace destacar y da relieve a la luminosidad de un cuadro, la voz de Zanabria siguiera resonando en sus oídos como un moscón inmortal. La palabra castellana *reyes*, sin la erre inicial, resultaba *eyes*, es decir ojos en inglés, y también *rojos* sin erre era *ojos*. A partir de estos más o menos ingeniosos juegos de palabras, la voz pedante e inagotable de Zanabria continuaba taladrando la oscuridad sin vida del doctor Octavio Aguilar con unos ojos bilingües. "De nada me vale estar muerto", pensó desengañadamente el cadáver inerme.

WASHINGTON DELGADO (Cuzco, 1927). Poeta. En 1979 obtuvo el primer puesto en el Concurso Copé de Cuento organizado por Petroperú.

Desde 1958 está dedicado íntegramente a la docencia universitaria y al cultivo de su vocación literaria.

LA ESTATUA DEL AMOR

*Miraflores es ciertamente el más
lindo lugar que he visto en América*

Flora Tristán

En el viejo Miraflores, que todavía resiste a los embates —no todos buenos— de la modernidad, sobrevive una hermosa calle que es toda una historia cultural. Se llama Venecia, en homenaje a la ciudad más singular del mundo; nace en una plazoleta donde sólo reinan las pen- cas, emisarias de la sierra indígena, agreste e incomprendida en Mi- raflores, aunque presente a toda hora en el país; y acaba su primera esquina, jalonada de arbustos de media sombra, en una barda blanca sobre la que cuelga una ancha mata de jazmines que no sólo perfuma la calle, sino la vida, el día y más aún la noche.

Por vivir junto a esa esquina, solemos dar a los amigos la mejor seña de nuestra dirección, diciendo: "A media cuadra de la estatua del amor, debajo de los jazmines". Siguiendo tales señas y tal perfume, muchos amigos han llegado a nuestra casa, pero casi siempre hay un momento de las veladas en que alguien dice: "Vi la esquina de los jazmines, pero no la estatua del amor; ¿es que, en este tiempo de se cuestros y ladrones, también se han robado la estatua?".

—No —digo, riendo—, la estatua se ve ahí sólo por horas —y mien- tras los visitantes ponen cara de incrédulos, mi mujer o yo, mal que bien, empezamos a contar la historia de la estatua del amor, que tam- bién nosotros oímos al llegar a este barrio.

Estela y Anselmo eran unos novios muy jóvenes y felices que pro- yectaban casarse en la iglesia del Parque, donde oían misa los domi- gos después de cumplir el trabajo comunitario en un barrio marginal. Eran católicos, pero progresistas, y no tenían miedo ni despotricaban del Apra o del comunismo, pues tenían buenos amigos en esos parti- dos. Ella estudiaba en la universidad y él era contador de una firma.

Tenían por costumbre verse tres veces a la semana: los lunes y miércoles a las seis y media de la tarde, en la esquina de Schell y la Diagonal, que da justo en el Parque, y los domingos a las ocho de la mañana, para cumplir el trabajo comunitario y volver a misa de doce. Los días de semana tomaban el té por Larco, antes de ir al cine o al teatro, en tantos locales que se ven por ahí; al salir se iban a pie, tomados de la mano, por el apacible Malecón Balta, por entonces lleno de viejas casonas floridas, hasta la esquina de los jazmines, a cuyo lado vivía Estela. Ahí, siempre de pie, conversaban, reían y se besaban, despidiéndose inevitablemente a las nueve y media.

Los domingos, luego de misa compraban pasteles o empanadas se veían por el mismo Malecón Balta y esta vez Anselmo era recibido en casa de los padres de Estela, donde almorzaban juntos, para luego salir por la tarde, otra vez al cine o al teatro, o a alguna fiesta juvenil donde les gustaba bailar mucho. Así acababa una semana, pero no la esperanza de las próximas, conforme él seguía ahorrando para la boda.

Un miércoles por la tarde, Anselmo estuvo a las seis y media en punto en la esquina del Parque, en la intersección de la Diagonal y Schell. Estela era muy puntual y podría a lo sumo retrasarse unos cinco minutos. Cuando pasó ese límite, Anselmo telefoneó a casa de su novia; así supo que ella había salido con una familia amiga, en un automóvil que la dejaría en el Parque, a tiempo para su cita. ¿Qué familia era ésa y qué clase de automóvil? Sabiendo esos detalles volvió a su sitio; firme y esperanzado, con alguna quietud de estatua viva, que provenía de su carácter, aguardó sólo diez minutos más, y en seguida empezó su peregrinaje por asistencias públicas, comisarías y clínicas de la vecindad. En ninguna parte halló un rastro claro. De vuelta al punto de partida, lo recibió el padre de Estela, quien tampoco tenía noticias ciertas.

Entonces ambos empezaron a peinar la zona muy ordenadamente, a fin de cubrir todo Miraflores, si fuera preciso. Cada diez minutos telefoneaban a casa de Estela por si hubiera alguna novedad. A las ocho de la noche los hombres se separaron y cada cual tomó un taxi para ampliar su radio de búsqueda. Así, Anselmo llegó hasta el Paseo de la República, en una de cuyas bocacalles descubrió un macabro espectáculo de dos automóviles casi despedazados, frente a un enorme camión medio golpeado y silencioso. A todos los habían extraído del Zanjón. Uno de los dos autos daba el número y la temida descripción exacta. En el suelo vio aún varios cadáveres que no habían sido le-

vantados en espera del juez de turno. Tuvo fuerzas para alzar uno a uno los periódicos enrojecidos por la sangre que los cubría; no, Estela no estaba entre ellos, y al preguntar por más detalles, le dijeron que a una muchacha la habían llevado herida a un clínica, pero sin añadir otros datos.

Anselmo continuó su búsqueda, pero sin convencerse de las primeras informaciones, acabó yendo a los mortuorios, alzando sábanas, frazadas, ponchos o disipando enjambres de moscas que cubrían toda clase de muertos en la Gran Lima. A las once de la noche supo que no estaba muerta, y ahora sí, con una auténtica esperanza, se dedicó a visitar las salas de recién operados o aun los mismos quirófanos, donde proseguían algunas operaciones de urgencia. Mientras tanto, el padre de Estela, sin la férrea determinación de Anselmo, había vuelto a casa con las manos vacías, desde donde llamaba a cuanto conocido de los novios recordara, a fin de hallar un hilo que diera con su hija. Y a la vez respondía las constantes llamadas de Anselmo.

Cuando éste acabó de visitar clínicas y quirófanos, se tomó por largo rato la cabeza entre las manos, sin pronunciar palabra. Ya para entonces la historia de su búsqueda corría entre los muchos madrugadores de la ciudad, taxistas, enfermeras, médicos, vendedores ambulantes en las puertas de hospitales y mortuorios. Al despejar sus ojos de tanta oscuridad, Anselmo decidió volver al principio, reempezar por los primeros cadáveres. Esta vez ya era de madrugada, muy tarde o muy temprano, según se vieran las cosas; los encargados estaban durmiendo, replicaban con razón que ya le habían enseñado los cuerpos, o lo tomaban por un policía y las reticencias no se hacían esperar. El soportó las dificultades con firmeza y terquedad, y aun sufrió humillaciones, pero pudo revisar lo que había visto antes, o al menos así lo creyó. Apenas le faltaba una clínica cercana, por el Malecón Balta, justo por donde había empezado. La primera vez se había dado con dos cadáveres, pero descartó el de una muchacha porque ignoraba el traje que llevaba Estela esa tarde y también que había ido a la peluquería. Ahora sabía que buscaba a otra Estela con un traje nuevo, de seda color perla, con el pelo teñido de castaño y un raro peinado muy alto, dejando libres sus orejas. Se la describió muy bien, por teléfono, la madre de Estela: justamente su hija quería darle a Anselmo la sorpresa del teñido y del peinado. Pues bien, ahora sí halló a una muchacha casi sin rostro, desfigurada por el choque, pero ahí estaban jirones del traje color perla, y detrás, en la nuca y arriba en el cráneo, en medio

de la espantosa carnicería, flotaban unos bucles castaños, primorosos y bien peinados. Se quedó quieto, mirando aquello demasiado tiempo. Cuando el encargado le cogió del brazo, se desmayó y se recuperó en un segundo, y todavía anotó en un papel las diligencias que debería cumplir para llevarse el cadáver. Luego cuando guardó el bolígrafo, se desmayó de nuevo. Le dieron un vaso de agua y se fue rectamente a casa de los padres de Estela, a contar lo que había visto.

Sí, así fue, pero entre el instante en que dejó el mortuario y el que llegó a esa casa, habían pasado exactamente dos horas, y la marcha a pie sólo tomaba unos minutos. Jamás pudo contar lo que había hecho en ese tiempo. Y tampoco contó detalles del cadáver de Estela. Únicamente le abrieron la puerta y su simple aspecto lo dijo todo, menos lo que estaba escrito en el papel, que asimismo entregó. Pasó a sentarse donde se sentaba con su amada y volvió a tomarse la cabeza entre las manos.

Ya no pudo ocuparse de ningún otro detalle. En el velorio sólo devolvía fuertemente los abrazos de pésame y agradecía a todos como si fueran sus seres más queridos; cuando el ataúd salía de casa, gritó una sola vez, igual a como se imita el estruendo de una bomba, saltó sobre el féretro y se abrazó de él hasta que cuatro hombres jóvenes y vigorosos tardaron en desprenderlo.

Tampoco siguió el cortejo. Lo devolvieron a un sofá y allá marchó el gentío al cementerio, mientras él quedaba a solas con los padres de Estela. Poco rato después, entre el inevitable olor de muchas clases de flores de un entierro, abrió la puerta de calle, cruzó la calzada y se puso en la esquina, debajo de los jazmines, con ademanes tan lentos y profundos que no parecía moverse.

Desde entonces, los padres de Estela se mudaron de barrio, pero a Anselmo se le ve diariamente en dos puntos de Miraflores: a las seis y media en el Parque, donde espera con paciencia y dando vueltas en el mismo sitio; y a las nueve y media, en nuestra calle de Venecia, en la esquina de los jazmines, siempre de pie, sonriendo, y quizá conversando con una muchacha invisible.

—¡Pero si son las nueve y media! —dice alguien en la velada.

—Pues entonces mírenlo por la ventana.

Nuestros amigos se agolpan y miran a unos cuarenta metros, en la acera opuesta que brilla bajo una fuerte luz. Un hombre delgado,

de traje oscuro y corbata, saluda a alguien invisible, hace una venia, le toma de las manos, sonríe al apoyarse en la pared blanca y explicarle algo con ademanes delicados. Luego, se pone serio, tranquilo, como si solamente estuviera esperando a alguien, y ahí se queda quieto por largo, largo rato.

- ¡Ah, pero ya tiene barba! —exclama una de las mujeres.
- S , ahora está de moda la barba.
- ¿Y cuánto tiempo hace que est  así? ¿Les han contado eso?
- Que nosotros sepamos, ya va para unos veinte años.

C. E. ZAVALETA (Caraz -Ancash-, 1928). Su obra narrativa comprende una vasta publicación, en la que algunos de sus cuentos figuran como clásicos dentro de la narrativa corta. Ha escrito entre otras obras **La batalla y otros cuentos** (1954), **Los Ingar** (1955, novela corta), **Niebla cerrada** (1970, cuentos), **Los Aprendices** (1974, novela), **La marea del tiempo** (1982, cuentos), **Retratos turbios** (1982, novela).

UNAS VACACIONES PERDIDAS

(fragmento)

Esa noche entré en su cuarto y nos besamos. Hace frío. No quisiera salir. Se rió. Cerró la puerta. Me hizo voltearme. Se desvistió y se metió en la cama.

—¿Estas ahí, Ingrima —gritó la señora.

—Sí, señora . . .

—¿Y tu amigo, el peruano?

—Ya se fue, señora.

—¿Segura, Ingrima . . .?

Nos reimos en silencio. Me acosté junto a ella sin ningún apuro, sin esfuerzo. La abracé suavemente, como si nos hubiéramos amado por años. Se pegó como una esposa con frío. No le hice presión, no le exigí. En la mañana nos hicimos el amor. No, no puedes vivir aquí conmigo pero hoy no trabajo. Si quieres nos quedamos. Yo te cocino y vamos al comedor. No hay apuro para salir. La señora va al mercado. No preguntes eso, no es justo. Somos amigos. No te voy a hacer daño ni tú me vas a hacer daño. No, claro, en México no lo haría. Tú no lo harías en el Perú, Tampoco. No, no me has buscado, no seas mentiroso. Pero quería dormir con alguien. Perdóname que te lo diga así, tan duramente pero quería dormir con alguien. No lo tomes a mal. Hace tanto tiempo que no hago el amor. No me gustan los negros, ni los mexicanos. Los portorriqueños tampoco. Los gringos tampoco. No digas eso, son bromas, tú te vas en cualquier momento. Y para qué si te voy a querer hasta cuando te vayas. Claro, hace tiempo que no quiero a nadie. En Los Angeles hay muchos mexicanos, hay trabajo. Le hablé de mi amigo de Los Angeles. Le digo que quisiera verlo. Se llama Luis y no sé nada de él.

Por la tarde salimos a caminar por los muelles. Hacía frío. No nos dejaron entrar en las Naciones Unidas. Había que tener corbata . . .

En el Grand Central Station la gente se atropella para seguir su destino. Los trenes se abren y arrojan muchedumbres que se escapan sin mirar nada ni a nadie. Corren. Se matan. Revistas, Periódicos, cigarrillos, libros para el viajero, mostradores para comer aprisa, un cine con programa cada media hora, teléfonos, teléfonos. Los estados vecinos, los suburbios de Nueva York, cada día, excepto domingos, arrojan una carga de autómatas que se diluye en el centro. Nueva York se los traga cada cinco minutos como una ballena eternamente hambrienta. El Grand Central Station es el corazón de Nueva York. Mis ojos se perdieron en el gentío, mi corazón se extravió entre los rieles que me conectaban con el mundo, las escaleras no me condujeron a ninguna parte, sentí un golpe en la espalda. Todo, todo, se pierde en el Grand Central. Allí murieron mis mejores amigos, atropellados por la gente, absorbidos en los fierros. Lo que queda de mí es lo que la gente no quiso pisar . . . ya no tuvieron tiempo.

En un rincón de Greenwich Village hay un teatro experimental. En los corredores los hippies bailan, beben, se besan descaradamente. Pero hacen silencio a la hora en que se apagan las luces para la representación. Daban la historia trágica de Bessie Smith de Albee. Los actores, excelentes. La pieza es solamente aceptable. Pero recuerdo a Bessie Smith con todo el alma. Ingrima no conoce a Bessie y le explico todo lo que sé, que anduve enamorado de ella, que la conocí en el sur cuando recién comenzaba mi vida. Con ella aprendí a fumar marihuana. Bessie me escondía en sus senos que eran enormes como dos mundos. Bessie me engañaba con los negros de Alabama que la querían para traerla a Harlem, para explotarla. Pero ella me guardaba siempre una pequeña esquina de su alma y de su cuerpo. Yo la dejaba engañarme con tal que me dejara oír la llorar con sus canciones. Ingrima no cree nada de lo que digo. Ingrima, tú te llamas como mis primas de las provincias del norte peruano. Tienes nombre de provinciana con trenzas y trajes largos, faldudos. Yo amé a Bessie y ella me amó algo pero cuando me amaba valía la pena tocarle la puerta y esperar, tocarle la puerta y llevarle un trago que se lo tomaba de un sorbo, sin respirar. Después fumaba y yo le recibía las cenizas en la mano. Y era marihuana lo que fumaba y yo bebía su aliento a whisky barato. Ahora lloro con los discos de Bessie. Algunas piezas me las cantaba a mí solo. Pepe Tudela escucha conmigo y me deja recordar mi juventud en Alabama. Toma su trago lentamente y me deja llorar escuchando la voz de Bessie que se me quiebra en el alma. Compré un disco de Bessie

para dárselo a Ingrima. Pero no lo escuches, no lo escuches hasta que yo me vaya...

FRANCISCO CARRILLO (Lima, 1929). Como narrador es autor de dos novelas: **Unas vacaciones perdidas** (1969) y **"Keiko San"** (1971) y de un libro de cuentos: **"Egegik"** (1972).

Dirige la revista de poesía **Harau**, de la cual es fundador y que se publica ininterrumpidamente desde 1963.

FABULAS

EGOISMO

Nadie podrá contar esta fábula singular: (Las golondrinas descubrieron la Fuente de la Inmortalidad. Y celosas de su secreto, se dedicaron a vigilar que nadie —excepto ellas— gozara de su precioso bien. Pasaron muchos tiempos y las golondrinas continuaban custodiando la fuente. Mas, todo había muerto. Sólo ellas no habían vivido).

MASCARA

Un anciano largo y amarillo, como un cirio, se paseaba lentamente por la fresca alameda; mendigo solitario y misterioso que cubría el vacío de las estatuas. Los niños del pueblo lo ayudaban —los domingos habituales— con una limosna. Adolecía de un rarísimo defecto: no usaba rostro. Todos le inventábamos una fisonomía —en infinidad dispersa de gestos— y nos divertíamos mucho.

Los años han pasado (y este juego ya no tiene interés), pero yo, visionario, atisbo su fallecimiento próximo para saber qué perfil de frente ha escogido, porque los hombres cobijamos sólo un rostro —trabajado en la vida— para sumergirlo en la muerte.

EL SITIO

En la ciudad, los humanos ya no tenían que comer ni beber. La situación era horrible y estaba permitido todo. Los hombres succionaban los pezones secos de las mujeres, y ni así saciaban su infinita sed. Los niños —por hambre jugaban a morirse como ángeles derrotados por el rocío, y las madres no poseían los ojos para distinguir a los niños vivos de los muertos.

Sitiada la ciudad, desde mucho tiempo, ya todo parecía perdido.

Algunos con las pocas palabras que les quedaba de vida, propusieron hacer la paz. Desesperadamente abrieron las puertas de la ciudad para hablar con el enemigo. Y vieron que —oh sorpresa— no había nadie. Quizá nunca hubo nadie.

PERSPECTIVA

El rey se ha casado con mi hermana, y veo tres opciones: asesinarlo, pedirle un cargo o lanzarme de vagabundo. Si lo elimino con sutil veneno, puedo llegar a ser rey; si le acepto un alto puesto, me convertiría, con los años, en el hombre más rico del país; y si me voy de mendigo por las aldeas alcanzaré la sabiduría. Pero ninguno de estos hechos ocurrirá, porque no tengo hermana. Y así, sólo seré el que soy

MANUEL VELAZQUEZ ROJAS (Piura, 1931), Poeta, Narrador y ensayista. Ha publicado —en la década del 50— cuentos en el Suplemento Dominical de **El Comercio**, y un fragmento de su novela **Sangre Verde** en la revista **Destino** (1963). Sus fábulas aparecieron en **Isla de otoño** (1966) y en diarios y revistas nacionales. Actualmente prepara la edición de sus novelas **Pozo y azúcar** y **Sangre verde**.

MONOLOGO PARA JUTITO

A tu edá, Jutito, ditingues lo pájaros po su canto y sabes quiárbole anidan. Descubres po su güella o po su guito lo animale venenosos que se econden entre la yerba. Sabes cómo traete abajo un gavilán, de qué modo acallá perro embraveció, cómo sujetá mula terca, qué hacé con un poíno movedizo, cómo aparejá bura preñá, de qué modo cargá lo serones, en qué sitio sentarse en un buro a pelo, qué yerbas ventean a las bestias, cómo apurá buro tardo, ónde ponele la pedrá a la víbora, cómo quemá paja al borde diun sembrao, con qué yerba se cura el maldiojo, cómo matá sabandija, qué hacé frente a un perro que bota epuma, cómo aclará agua turbia, qué hojas se queman contra lo zancudos, cómo enfriá buro alunao, ónde poné lo pies en un cerco e brotes de qué modo limpiá un arbo cargao de arañas, qué hace con la mancha e pericos que llegan con el verano, cómo se tuece el pecuezo a un gallo, de qué modo pelá un conejo, cómo decuatizá un cerdo, a quiora toman agua las bestias, qué palaibras se dicen contra un pájaro malagüero, pa qué sirve la yerba de matagusano, cómo quitale el dijuerdo a un animá machiembrao, de qué modo ditinguí el güevo e paloma del güevo e culeirba, cómo hacé un collá con chiquititas flore de campanía . . . Miras pariba y sabes, jutito, el tiempo o si va a llové. Sabes pónde cruzá el río, cómo cazá camarone, ónde encontrá la leña má seca, con qué ramas se techa una casa, cómo se hace un espanta pájaro, qué yerbas comen los cuyes, de qué modo curá animales güenos pal hombe, cómo hacé diun calabazo una cabeza e muñeco, de qué modo cotá cañabrava, ónde hay jruta e su tiempo, cómo engañá a un chaucato imitando su canto, ónde encontrá pierecita e colore, cómo se hace un pitito con hoja de ficu, qué hacé con un nío e polluelo quia caído diun arbo en el camino . . . Pero tamién has aprendió, Jutito, a asutate con cosas de la noche. Sioye en la ocuridá el guito diuna lechuza y crees quiun animá malagüero le ta anunciando a alguien la muete. Un coquito suelta en la noche su canto inteminable y piensas que te ta llamándo pa llevate a un lugá deconocío onde vive el miedo.

Crees quiun aleteo o un trus-trus en la madrugada es diuna burja que llega a sembrá un daño incurable y de burla. Entonce tiembas con ese suto tan gande que sienten lo niños po too lo que brota e la ocurridá... A tu edá tan chiquita sabes cosas que tialegran y cosas de miedo que tiacen sufrí. Pero te farta aprendé mucho má. Cuando seas un hombre tendrás que enderezá elagua en los surcos, darle tu juerzo a la tierra, aventá con cuidao la semía, etarte atento al depuntá de lo brotes, perseguí duramente la malayerba, llevá como de la mano a las plantas pa que anieguen de jrutos la vida... Pero un día, Jutito, ya no podrás inclinate sobe la tierra y tendrás que dejá a los má juertes tu lugá de plantas, semías y surcos. Lo que tiabrán ido entregando día a día po tu tabajo, se luabrán llevá fácilmente los años, comuel viento se lleva las cosas que naa pesan. Entonce comprenderás que tas solo y pasarás lo días consumiéndote en silencio sobe una piera dialgún camino. O tal vez haya pa que arrees una yunta de bueye que jalen una carreta, unos bueye casi ciegos y tan viejos quiabrán tenío que dejá igual que tú lo surcos. Con unos cubos sobe la carreta, irás al pozo diagua hondo y ocuro y regresarás a la casa del dueño de la carreta y los bueye: esa podrá sé una ocupación pa un hombre envejecío. Y llevando elagua, enderezándole el paso a los bueye o agarrándote dellos pa enderezátelo tú, irás depacio po lo viejos caminos sin que nadie te apure, poque a la muete le da lo mimo que vaya depacio i ligero un hombre que ya ta mueto.

de "Monólogo desde las tinieblas"

ANTONIO GALVEZ RONCEROS (Chincha, 1932). Ha publicado dos libros de cuentos: *Los ermitaños* (1962) y *Monólogo desde las tinieblas* (1975)

Primer y segundo premio de cuento "José María Arguedas" 1974, concurso organizado por la Asociación Universitaria Nisei del Perú.

Primer premio de cuento 1982 en el concurso organizado por la Municipalidad de Lima.

— 13 —

"EL CUARTO DE LOS TREBEJOS"

(fragmento)

NICANOR MARTINEZ

Está solo. Despojado de toda calidez mide con su cuerpo el anchuroso espacio. Explora la tierra arisca. Escarba, desmenuza terrones y se le aroma el cuerpo con lejanas vivencias. No advierte el rumor persistente del río. Está solo, turbia nostalgia lo golpea.

Los instantes se superponen— el tiempo ha dejado de existir y con él las ausencias. Se licúa. Nicanor Martínez no sabría explicar, ni siquiera a sí mismo, en qué momento este rapazuelo se le pone enfrente, lo zarandea y le anubla los ojos.

Nicarito presencia audible— inmediato, desgarrador.

Ve también a su madre dirigiéndole el camino al monte.

—Apúrate muchacho, apura, rezonga.

Nicarito se enrabia y murmura y piensa;

"Estuve solo, siempre solo, entre la tupida maleza de los montes. Entre el miedo y las víboras. El miedo, esa materia viscosa que se te pega a la piel y luego, la vida entera no nos alcanza para desprendernos de sus costras. Solo, esquivando los ruidos; sintiendo el amenazador crujir de las hojas; soledad en la cual hasta nuestros pasos parecen ajenos, persiguen, acosan; y el silencio, el silencio tiene el espesor de la muerte.

Solo.

En el monte los grillos se transformaban en animales fantásticos que cortaban el aire, a golpe de cuchillos oxidados. Yo sentía girar mi cabeza como desprendida del cuerpo; los pelos de punta, y no en

cntraba las huellas del regreso porque los chillidos de los pájaros habían devorado las migajas. Encerrándome en círculos concéntricos que se estrechaban, cada vez más, sufría el pavor sin pausa; ese, que trasega los huesos y asfixia. Y, la voz de mi madre, tronante martilleo:

“es hora es hora es hora”

Siempre la exactitud. La esfera turbia golpeando y golpeando con sus manecillas efímeras y a su compás el dislocarse de la tierra ebria.

A mí, me crecía el odio; la rabia me estrujaba el cuerpo y encabritándome daba golpes al burro lerdo, cuadrúpedo maestro de lentitudes, ajeno al tiempo, a la distancia, a mi angustia.

Nicarito delirante mastica las palabras y las escupe cual hierba amarga:

“La rabia me está carcomiendo, creciendo, desbordando, que si ella va por el monte le cerraré los regresos y dormirá sobre la tierra caliente; fría, sobre la tierra caliente. Ella, nunca tuvo mi edad por qué he de tener pena si se la devora el monte”

Soliloquios, sortilegios para acortar los caminos, para espantar al espanto.

¡Pobre Nicarito! Salían de tu boca alimañas inesperadas, silbidos que en el aire se esfumaron.

Ay Nicarito, clavel de acequia, duraznito de mazapán, en madrugadas violentas se nos creció el corazón. Párvulo envalentonado, silbador de las auroras, a ti te parió el monte y por qué no cruzaste los dedos ni tocaste madera, la tierra nos ha embrujado metiéndose hondo. Por eso, Nicarito, ella me embelesa con su morena dulzura.

El sol declina en la quebrada, Nicanor Martínez es una sombra larga que implora:

“Madre, peleabas para que la tripa grande no se coma a la más chiquita. La miseria escorchó tu ternura, agrió tus gestos. Gruñidora mía, mi pobrecita mamá te desplomaste para defenderme las tripitas. Amasaste los panes más tiernos, multiplicaste los pucheros. ¡Nazarena de mi alma! ahora con cuanto amor te guardaría bajo la sombra de los molles y para tu hambre yo amasaría los panecillos más dulces”

Anochece.

La luz de la luna deslumbra a Nicanor Martínez volviéndole más clara y luminosa el agua de los sentimientos.

“Ahora que está alta la luna y bella como tu cara, estoy amándote madre. No te vayas por el monte, no, es cosa de hombres aquello. Despierta mis madrugadas, sácame las cobijas, úrgeme los regresos. Yo atizaré los fogones y el horno, aquél, en que se te quemó la vida”.

Escarba, desmenuza, inquiere.

La arenisca se le escurre de los dedos. En lo profundo, truena la voz del padre.

“Hijo quédate aquí que tierra ajena no es tierra para querer”

A nicanor Martínez, embrujado por el monte y la promesa de un mañana, lo envuelve intenso, el rumor del río revolvedor de entuertos. Mira sus manos desolladas en áspera caricia y decide quedarse. En ese mismo instante se silencia la voz de don Desiderio, quien mirándole el porvenir al hijo se aduerme nuevamente, bajo los espaciosos párpados de tierra.

Exiliado de su pueblo; hijo de madre panadera, hijo de peón de hacienda, parido en el monte y vuelto a parir en madrugadas infinitas con la piel erizada por el miedo y la rabia; Nicanor Martínez reitera promesas, augurios para sí y los suyos, mientras los ojos se le ahondan en crepúsculos distantes. Afloran otros recuerdos.

Se agrieta el tiempo; suenan las campanas sin sonar; se calla el río.

Se desvanecen: la luna, el viento, la quebrada.

Allá en la ciudad . . .

CARMEN LUZ BEJARANO (Acarí-Arequipa-, 1933). Su obra literaria mayormente está constituida por diversos poemarios que la colocan en un lugar muy especial dentro de las voces femeninas más sólidas de la poesía peruana. Tiene una novela inédita: **El cuarto de los trebejos**, de la cual incluimos un fragmento.

Mención honrosa en el Concurso de Novela “La Gaviota Roja” 1986.

BELMONTE . . . EL TRAGICO

Para "La musguita" María Jimena

Nó sólo las miradas perseguían a la pareja de recién casados, sino también la abierta y escandalosa exclamación de desengaño, cuando les espetaban un:

—"Hala con la pescadilla que se ha echao Juan de mujer. Niño saborío", haciendo alusión de la fina y espigada silueta de la limeña Julia Cossio del Pomar, la cual no se conjugaba por supuesto, con las exhuberancias y redondeces sevillanas. Belmonte por su parte, conector de la costumbre al cotilleo de las comadres andaluzas, ni se inmutaba ante la chungra flamenca.

Un año antes, en 1917, Juan Belmonte llegaba a Lima, cuando ya se le considera un as de la fiesta brava; "El Pasma" —como le llamaron los entendidos—, había logrado abolir totalmente el terreno del toro y comunicar en cada faena tal sensación de tragedia y de suspenso como no se conocía. Fue en una de estas tardes, cuando prendió el amor entre el torero y la aristócrata Cossio del Pomar. Romance que habría durado hasta la muerte, si no se le hubiese atravesado a Juan Belmonte, ya otoñal, en 1962, una tardía pasión que le llevó al suicidio.

Para la boda que debía llevar a cabo en Lima, tímido como era, viajó a Cali y desde allí se casó con Julia por poder en 1918, radicándose posteriormente la pareja en España; pero, si bien era tímido, tenía en cambio un gran sentido económico que lo llevó a convertirse con el tiempo en uno de los más ricos hacendados sevillanos.

Belmonte a diferencia de los "señoritos" que habían salido en estampida huyendo del agro andaluz dominado por la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica) dirigida por el legendario Buenaventura Durrutti, nunca tuvo problemas con él en sus extensos olivares:

—"Hombre . . . Juan, que no sólo la tierra es de quien la trabaja,

como dicen por ahí, conque . . . cómo te diríamos . . . hemo decidió cargar con las aceitunas”.

Y Belmonte se retiraba tranquilamente a su cortijo. Después de un tiempo, se le presentaba la misma comisión:

—“Hemo venío a por dinero . . .

—Bueno . . . y eso ¿qué?

—Hombre . . . Juan, que te vendemos tus aceitunas”.

Y así, previo singular regateo, los braceros dirigidos por Durrutti terminaban aceptando a cambio de las aceitunas el salario que abría obtenido normalmente cada uno en cosecharlas.

Buenaventura Durrutti nació en León en 1896, adolescente aun organizaba conflictos laborales por cuenta y riesgo al margen de consignas. Acosado por la gente del orden se refugia en Barcelona —un medio donde se confunde la delincuencia plena con el idealismo delirante—, al lado de ácratas notorios. Allí funda la agrupación “Los Solidarios”. Acusado de atracos y atentados emigra a Sud América y vive a salto de mata en Chile, Perú, Uruguay y la Argentina.

Cuando comenzó la Guerra Civil Española, aparece a la vanguardia del anarquismo, contribuyendo a doblegar la sedición castrense en Cataluña. Posteriormente con su columna anarquista —milicianos que se untaban el torso “para que las balas resbalen”—, se dirige a contener el asedio de Madrid. El 19 de noviembre de 1936, defendiendo la ciudad Universitaria un tiro *perdido* le atravesó el corazón.

Belmonte en Lima como en Madrid, tuvo una corte de intelectuales, entre los cuales sobresalió Valdelomar y cuya admiración por el torero de Triana se tradujo en *Belmonte el Trágico*. El toreo como tema tenía abolengo en las letras hispánicas, empezando por esa novela de Vicente Blasco Ibañez con sabor a pastiche titulada *Sangre y Arena* que popularizara en el ecran Tyrone Power, hasta *El torero Caracho* del inolvidable Ramón Gómez de la Serna.

Cuando Belmonte llegó a Lima, su figura invadió el ensayo, el periodismo e inclusive los predios de la caricatura. Fue así como el lápiz de Vinatea Reynoso captó al diestro en un trazo goyesco a través de su perfil borbónico y vestido a la usanza campera. La caricatura apareció precisamente cuando la *señorial* Ciudad de los Reyes se hacía lenguas ante el público romance del diestro, tal vez para desvirtuar esa estrafalaria silueta que había echado a volar El Conde de Lemos sobre

la ilustre urbe: "Lima tiene sicología de beata, no se inmuta, no se alegra, no se exalta ni se embriaga".

De: "Memorias del lápiz"

WILLY PINTO GAMBOA (Ica, 1934). Ensayista y cronista, es autor entre otras obras de **Epistolario de Rubén Darío con escritores peruanos, César Vallejo: en torno a España, Abraham Valdelomar. Obras, textos y dibujos, Lo huachafo: tramo y perfil**. Libros en preparación: **Memorias del lápiz y La ronda de los alicurbios**.

Ha colaborado en las revistas **Cielo Abierto, Caretas**, y en los diarios **La Prensa y Expreso**.

ANGEL DE OCONGATE

Quien soy, sino apagada sombra, en el atrio de una capilla en ruinas, en medio de una puna inmensa. Por instantes silva el viento, pero después regresa todo a su quietud. Hora incierta, gris, al pie de ese agrietado imafrente. En ella es más denso y febril mi soliloquio. Y cuán extraña mi figura —ave, ave negra, que inmóvil reflexiona. Esclavina de paño y seda sobre los hombros, tan gastada, y, sin embargo, espléndida. Sombrero de abolido plumaje, y jubón, camisa de lienzo y blondas. Exonerado tahalí. Todo en harapos, y tan absurdo. ¿Cómo no habían de asombrarse los que por primera vez me vieron? ¿Cómo no iban a pensar en un danzante que andaba extraviado por la meseta? Decían, en la lengua de sus ayllus: "¿Quién será? ¿de qué baile será el ropaje? ¿Donde habrá danzado?" Y los que se topaban conmigo me preguntaban: "¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu pueblo?" Y como yo callaba, y advertían el raro fulgor de mis pupilas, y mi abstraimiento, mi melancolía, acabaron por considerar que había perdido el juicio y la memoria, quizás por el frenesí de la danza misma en que había participado. Y comentaban: "No recuerda ya a su padre ni su madre, ni la tierra donde vino al mundo. Y nadie tal vez, lo busca..." Se santiaguaban las ancianas al verme, y las muchachas se lamentaban: "Joven y hermoso es, y tan triste..." Y así, por obra de esa supuesta insania, y de mi gravedad, mi apariencia, se acrecentó la sensación de extrañeza que mi presencia provocaba. Una sensación tan acusada, que por fuerza excluyó toda posibilidad de burla. Hubo incluso pastores que, movidos por un temor mágico, ponían a mi alcance bolsitas de coca, en calidad de ofrenda. Y como nadie me oyó hablar nunca, ni articular siquiera un monosílabo, se concluyó que había perdido también el uso de la palabra. Era comprensible, este pensamiento, pues sólo a mí mismo me dirijo, en una fluencia razonada que no se traduce en el más leve movimiento de mis labios. Sólo a mí, en una continuidad silenciosa, ya que una inflexible resistencia interna me impide toda forma de comunicación y todo intento de diálogo. Y es así mejor,

sin duda. Sea como fuere, esa imagen de forastero enajenado y mudo que se difundió con gran rapidez, redundó en beneficio de mi libertad de desplazamiento, porque no ha habido gobernador ni varayos que me detuvieran por deambular como lo hago. Compartían, más bien, esa mezcla de sorpresa, temor y compasión, que experimentaban frente a mí sus paisanos. Sobre unos y otros pesaban, además, creencias ancestrales, por cuya virtud mi "locura" adquiriría una dignidad casi trascendente. ¡Mi demencia! No me incomodó, en ningún momento, la certeza que al respecto se afirmó, pero de cuando en cuando me asediaba la duda. ¿Y si a pesar de todo era verdad mi insania? ¿Si realmente fui danzante y lo olvidé todo? ¿Si alguna vez tuve un nombre, una casa, una familia? Inquieto, me acercaba a los manantiales, y me observaba. Tan cetrino, mi rostro, y velado siempre por un halo fúnebre. Idéntico siempre a sí mismo, en su adustez, en su hermetismo. Me contemplaba, y tenía la seguridad de que jamás había desvariado, y de que jamás tampoco fui bailante. Certeza puramente intuitiva, pero no por ella menos poderosa. Más entonces, si nunca se extravió mi espíritu, ¿cómo entender la taciturne corriente que me absorbe? ¿Cómo explicar mi atavío, y la obstinación con que a él me aferro? ¿Por qué esa vaga desazón ante el lago? No, no podía responder a esas preguntas, e igualmente vano encontrar una justificación para estas manos tan blancas y un discurso que no es de misti ni de campesino. Y más inútil aún tratar de contestar a la interrogación fundamental: ¿quién soy, entonces? Era como si, en un punto indeterminable del pasado, hubiese surgido de la nada, vestido ya como estoy, y hablándome, angustiadamente. Errante ya, e ignorando juventud, amor, infancia. Encerrado en mí mismo y sin acordarme de un comienzo ni avizorar un fin. Iba, pues, por los caminos y los páramos, sin dormir nunca ni hacer alto por más de un día. Absorto en mi monólogo, aunque ayudase a un viajero bajo la lluvia, a una mujer con sus hijos, a un pongo moribundo. Concurrí a los pueblos en fiesta, y escuché con temerosa esperanza la música de las queñas y los sicuris, y miré una tras otra las cuadrillas, sobre todo las que venían de muy lejos —de Compacabaa, de Oruro, de Zepita, de Combapata. Me conmovían sus interpretaciones, mas no reconocí jamás una cadencia, ni hallé un atuendo que se asemejara al mío. Transcurrieron así los meses y los años, y todo habría continuado de esa manera, si el azar —¿el azar, realmente?— no me hubiera conducido al tambo de Raurac. No había nadie sino un hombre viejo, que me observó atentamente. Dijo, de pronto: "Eres el

danzante sin memoria. Eres él, y hace tanto tiempo que caminas y no sabes. Anda, caballero, a la capilla de la pampa de Ocongate. ¡Anda y mira!" Tomé nota de su insistencia, y a la mañana siguiente me puse en marcha. Y así, al cabo de tres jornadas llegué a este santuario abandonado, del que apenas quedan la fachada y los pilares. Vine al atrio y mis ojos se posaron en el friso aquel, entre los arcos. Allí, en la losa quebrada por el rayo, hay cuatro figuras en relieve. Cuatro figuras de danzantes. Visten esclavina, jubón, sombrero de plumas, tahalí, botas. Y no representan hombres ni santos, sino ángeles, como los de los cuadros antiguos de Pomata y del Cuzco. Son cuatro, mas el último fue alcanzado por la centella, y sólo restan el contorno de su cuerpo y las líneas de las alas. Cuatro ángeles, al pie de esa floración de hojas, arabescos, frutos. ¿Qué baile es el que danzan? ¿Qué música la que siguen? ¿Es un acto de celebración y de alegría? Los contemplo, en el silencio glacial y terrible de este sitio, y me detengo en la silueta vacía del ausente. Cierro después los ojos. Sí, sombra soy, apagada sombra. Y ave, ave negra que no sabrá nunca la razón de su caída. En silencio, siempre, y sin término la soledad, el crepúsculo, el exilio.

EDGARDO RIVERA MARTINEZ (Jauja, 1935). Ha publicado **El Unicornio** (1963, cuentos), **El visitante** (1974, novela corta), **Azurita** (1978, cuentos), **Enunciación** (1979, cuentos), **Angel de Ocongate y otros cuentos** (1986).

Primer premio "El Cuento de las 1,000 palabras" 1982 organizado por la revista **Caretas**.

"BARRIO DE BRONCAS"

(fragmentos)

Armatambo en el balneario. Ruinas Incaicas pegadas al morro. Durante la conquista española, Hernando Pizarro, en busca de Pachacamac, pasó y comió por estos lares.

Sólo un Pincullo suena al amanecer, mientras alguien prepara sus anzuelos de oro, sus tarrayas de fino tejido.

—¡Taya!— balbucea un nativo y el frío se cuele hasta los huesos, la neblina ensordece al Tambo. El paisaje se cierra y la luz desciende quieta, pareja, en azul opaco. Unas fogatas a lo lejos parpadean su tediosa vigilia; repartidas fogatas dispersas en celosa guardianía de aves. Los ojos brillosos de zorros montaraces en algún lado de la comarca, acechando.

Las lanzas preparándose. Las flechas y cestos. El verdor sereno de los pajonales bordeando la laguna, el melancólico movimiento de los patos por entre los pirules.

El tambo sigiloso, en movimiento astuto se reparte: hacia la laguna por aves y ranas; hacia la playa por pejes y cangrejos; hacia la escarpada cumbre del cerro Marcavilca, como poseyendo el encanto y la adoración de un ser supremo, a rezar.

Desde lo alto el viento arrecia, la neblina se difuma, el verdor de los sembríos se expande. Breve temblor de hojas y yerbas. La laguna, las acequias; la fresca modulación de las olas, allá abajo, en la playa.

Papas y maíces al mediodía cuando el sol tiembla por entre las nubes. La cosecha. Las lanzas y anzuelos regresan cargados de presas. Los cestos con almejas, conchas y cangrejos. Ya la adoración se ha hecho y un hilillo de polvo anuncia el regreso de los fieles desde lo alto de Marcavilca. En las viviendas de paja y barro, las moscas se expanden en vuelos fecundos de un lado a otro. El alfarero sereno, im-

pávido, decanta, moldea, pule, hornea, pinta; sus manos hábiles hunden la arcilla, la acarician, la hacen más humana, respirable, casi eterna. Sin darse cuenta su arte cotidiano, su tediosa práctica de barro y tinturas, crece, se perenniza, vuela. Plácido lenguaje de asperezas sembrando siglos.

Las tejedoras de hábiles dedos, guardando sus suspiros en cada hilo, cada aguja, en cada puntada suave, en cada pluma insertada al filo de las telas. Toda la historia, todo el sentido ritual de la comarca a través de los diagramas, de los finos bordados, transparentes, silenciosos, como una sonrisa interrogante prolongada a lo largo de lustros y semblantes.

Allá el adobero arruma imperturbable sus trabajos en mudo diálogo con la huaca, con el silencio de los tiempos.

Al atardecer unas ofrendas al barrio de los muertos, entre las callejas de los enterrados aún debe quedar el suave sonido de los pinchillos y pututos, el grave tuntun de las tinyas.

Nuevamente se prende fogatas y los buenos deseos vuelven a las alturas pero los ojos de los zorros montaraces, en acechanza, no cejan.

Aruma, Aruma. Noche.

Pero lo que te gusta del mar son los manotones grandazos que da contra la arena. Hace días que el mar está maldito, maloso. Retumba feo el mar, cada vez que las olotas abren su boca para morder la orilla. Y te acuerdas del "Caplina", cómo estará el "Caplina". Y aquí en el Agua Dulce, entre el ritmo de zamba y rumba que ya quema, te acuerdas de la resaca de La Herradura y nuevamente del "Caplina", agonizando entre remolcadores y cables, estirándose estoico en la mirada de su capitán. Ritmo ahora en la playa, en el rumbón, y el bungundún de la orilla por cada lengüetazo del mar. Rumba de Los Compadres entre guitarras y huero. Cencerro. Tumba. Y guaracheo bueno con las mecas. ¡A bailar muchachos! Y dale y dale a la cerveza, por variar un poco, por variar nomás. Y tú aprieta y aprieta bien fuerte en guaracheo para apagar un poco los sudores de las zambas. Punteadoras las cutatas en busca de lo suyo; o en pleno vacilón te surge desde el pasado la voz dura y mascada del padre Ceferino en el púlpito: "¡Ya llegó el pecado al balneario!". Y te acuerdas de la vez que te fajó duro —qué harías tú también—. Y el cura alza su mano y señalando al suelo como si más abajo, bien abajo estuviera realmente el infierno dijo: "el demonio está tentando a vuestros hijos. Satanás está presen-

te en la playa entre las rumberas y la perversión ¡Basta ya de pecado!" Te aprietas más todavía contra la rumbosa y sientes realmente que pecas cuando con las mismas manos, con tu mismo cuerpo, con este que asfixias tus sudores entre putas guaracheras, con este tu cuerpo, intentarás tal vez, arrimarte al de la Flaca, en algún momento, en un futuro cercano, nuevamente, no sabes, aunque dudas, crees que podrías hacerlo otra vez, en la oscuridad del parque Cuadros, en alguna sole-dosa quebrada del morro, en la playa de la Chira, en algún sitio. Sí, sientes realmente que estás pecando y tienes ganas de golpearte el pecho, aunque la religión para ti no signifique gran cosa. En lo único que podrías creer es en tu virgen de canela. Y por eso ¡salud! Y ahoritita, se te fueron a la mierda todititas las cumbancheras. Por eso salutito contigo mismo, en plan de recuerdo jodido, en plan de trauma como dicen en la U. Traumatizado primo. Por eso salud. Te arrimas a un rincón y todos los muchachos, agarrando firme en plan de oscuridad. Chupa nomás, aunque tu viejo se te ponga bravo por llegar de amanecida. Agarren zambos, y miras hundido desde un asiento cómo sube y baja el manoseo de tu tira. Y la risa, y el ritmo haciéndose seda en tu sueño, en tu cargo de conciencia. Y al fondo de tus oídos, el bungundún del mar, y cerca a tí, los calores veraniegos de la rumba; y en ti, en tu garganta, esa actitud verdosa que escupes, pero ahora por necesidad, no en plan bacán, de campeón. Y allá, las risas y el claroscuro y esas luces que vuelven verde el pucho que acabas de prender. Por eso, salud.

JOSE ANTONIO BRAVO (Tarma, 1938). Autor de las novelas **Las noches hundidas** (1968), **Barrio de broncas** (1971), **Un hotel para el otoño** (1977), **A la hora del tiempo** (1977). En prensa: **Cuando la gloria agoniza** (novela). Inédita: **Percanta que me amuraste** (novela).

En el período 1985-86 fue profesor visitante de las Universidades de Liverpool y Edimburgo (Inglaterra).

Premio Nacional de novela 1973.

EL PROFETA ATACURI

Para Mariella Trejos y Jorge Billorou

sé que el sábado se reunieron en la plaza san martín hasta acá puedo oír los cánticos de los hijos de israel sus túnicas blancas las tocas de las cabezas de las mujeres y niñas los pelos largos y las barbas sucias —como la mía— de los fieles todo eso que hace que seamos distintos a los otros todo lo que nos diferencia todo lo que he luchado para que se mantenga sin variación alguna porque así debía ser por los siglos de los siglos y así fue a pesar de que otros jóvenes pastores decían que había que adaptarse a los tiempos modernos: los tiempos modernos no existen sino en las cabezas de los que quieren que nuestro culto acabe pero yo terminé venciendo y por eso mi palabra fue la escuchada y no había nada que hacer era el profeta auténtico me costó mucho pero la verdad se impone al fin y al cabo cuánto me dijeron que debía ser más flexible que poco a poco podrían adaptarse otros muchachos pero yo dale con botarlos si no se acoplaban de inmediato porque por algo somos una religión una doctrina un culto y el que no ve desde el comienzo no verá nunca nunca podrá ser iluminado y esto es cuestión de iluminación porque así yo mismo podía ver la luz en el pechito de las muchachas que me traían para que las santigué y las inicié y todo era que me las dejen porque a mí me hacía falta poco tiempo para saber si servían o no servían para nuestro culto y no había que hacer diferencia si flacas o gorditas con tal que seyan dóciles y entiendan la palabra divina y los gestos divinos y la mayoría seguro que entendieron porque no era nada malo y más bien les hacía bien porque al poco tiempo había que ver cómo se abrían esas muchachitas como manzanas o como rosas y todas sus bondades asomaban y la mayoría de los padres acababan felicísimos no sólo porque tenían un nuevo creyente en la casa sino porque la muchacha se les había muy pronto convertido en mujer y podía más entonces ya trabajar y es muy importante que todos trabajen para el bienestar general y cuando querían seguirme arrimando a la misma muchacha (ahora ya mujercita) yo les decía que no tenía tiempo porque siempre había una larga lista que esperaban y no se podían hacer demorar a los fieles

porque la conversión era algo que no debe postergarse o mejor la iniciación pues quién sabe cuantas tentaciones y pecados les aguardaban en el mundo antes de que fueran ungidas por mí que era como decir protegerlas exorcizarlas y ponerlas listas para el culto el trabajo las obligaciones con su familia con su grupo de ese modo nadie salía descontento y había que ver los rostros de alegría de las muchachitas cuando venían a mis brazos y de tristeza cuando tenían que irse porque sabían que su profeta ya nunca volvería a tenerlas así y algunas como la florinda quiso volver disfrazadita pero yo tengo ojo de lince y no la dejé y no la dejé porque si no qué sería la disciplina de nuestra santa iglesia y no puede dejarse que el gusto sobrepase al deber y este deber mío era muy duro porque a veces acababa agotado pues cinco o seis muchachitas por día con lo difíciles y duras que son algunitas es como para vencer la resistencia de cualquier santo y yo sé que soy un santo y soy por eso mismo resistente pero debía también cuidar mi salud porque de ella dependía el rumbo y la correcta aplicación de los principios de nuestra doctrina que yo sé quiere ser socavada por otras sectas que ahora nacen como hongos pero ninguna se puede igualar a nosotros que además ya nos conocen por nuestra manera de ser nuestra manera de vestirnos por nuestra manera de no discutir nada y aceptar todo aunque no aceptemos nada y lo que seya bueno para nuestro culto pasa pero lo otro va a la basura eso sí sin decirle nada a nadie porque es mejor las cosas discretamente para no despertar sospechas y de ese modo nos vamos preparándonos para el fin del mundo que nosotros sabemos cuándo va a ser pero para qué decirlo para qué anunciarlo si de todos modos será y nadie se salvará y menos los que me mandaron para acá tanto aquellos padres chillones creo que recién o mal convertidos por no sé cuál de nuestros peores predicadores debe ser de los más jóvenes que hace poco se incorporaron y dicen que para colmo son universitarios y lo que pasa es que yo mismo me descuidé en el fondo yo tengo la culpa pues me faltaba el tiempo porque era el mes de setiembre y debe ser por la estación que las muchachitas empezaron a abundar y cada vez habían más y más fresquitas y éstas sí no sé por qué (¿será la primavera que en el Perú no se siente mucho en los árboles pero sí en la sangre de las mujercitas?) porque empezaron a llegar y tenían el olor de los mangos o de los melocotones y era una delicia abrirlas meter las uñas en su pulpa y eso me absorbía todo el tiempo y tuve que delegar —gran error— en mi asistente Filomón el incorporar nuevos feligreses sin haberlos enseñado o probado que lo

primero en nuestro culto es el total sometimiento al gran profeta que soy yo y cómo se le va a ocurrir a usted discutir alguna de mis santas acciones sobre todo que en el caso de las muchachas la alegría era general y más bien yo tenía que impedir que quieran volver por el nuevo bautizo que con uno ya tenían suficiente porque nunca era uno solo sino que con lo largo estudiado y meticulado me pasaba mucho tiempo más del doble de lo que podría emplear con mi propia mujer que la pobre ya está descalabrada como para darla de comer a los verracos pero cómo fue posible que a esos nuevos convertidos no se les refregara lo de la disciplina y la obediencia absoluta sólo por eso se han hecho merecedores de mis anatemas y también a los sucios policías que se atrevieron a poner sus manos sobre mis sagradas vestiduras y a ese juez que no entendía nada de nuestra doctrina o no quería entender y por más que hacía me ponía cara de burla y yo consideré que no estaba todavía preparado para escuchar la palabra divina y mejor entonces me callé y no acepté que nadie me defiendan porque no hay defensa para el que está por encima de ellos y por encima también de estas sucias y malolientes paredes y de esos cuerpos pestilentes de los que me miran igualito al juez ése mientras yo escucho los cantos de Israel y sé que llegará el día en que se cobren todos los agravios y el perdón de los pecados será para todos menos para los que quisieron hacerme daño mandándome a este pudridero sin saber que yo el gran profeta atacuri no podía estar encerrado y ahora mismo tengo bajo mis barbas el torso de una muchachita que me acaricia y me dice padre mío creo en tí y su carne se abre como una chirimoya para que mi lengua pueda conocerla y por el sabor yo conocía si iba a ser una buena doctrinera y eso claro cómo iba a explicárselo a esos padres indisciplinados mal formados y menos a esos policías y a ese juez de mirada irónica que seguramente serán los primeros que serán llamados cuando llegue el Gran Día del Juicio Final y cada uno tenga que pagar por sus culpas y por todo el mal que hizo en esta tierra que por otra parte ya está condenada y hagan lo que hagan nadie la salvará y por eso es mejor seguir comiendo de los pocos frutos que nos ofrece el árbol del bien y del mal. Amén.

WINSTON ORRILLO (Lima 1941), Poeta y periodista. Ha publicado en narración: **Barrios Altos** (1985, cuentos), **El hombre que escribía en el asfalto** (1986, cuentos), **El último diario** (nocturno) de **Ana Frank** (1986, cuentos).

Su obra está traducida al inglés, francés, búlgaro rumano húngaro y ruso.

SE ME SECA LA BOCA DE ESTARTE HABLANDO

DIOS con su infinita bondad ha de querer que al recibir en tus manos la presente misiva te encuentres gozando de buena salud en unión de tu nuevo compromiso mi cuñado Algemiroy que aunque no tengo el honor de conocerlo vayan para él mis parabienes y un fuerte abrazo de la misma manera para tus hijos que ya deben estar hombres tanto que si los vuelvo a ver no los reconocería más todavía ahora que estoy medio cegatón por culpa de la bendita deabetes que de la noche a la mañana se me ha arrebatado a pesar de que yo nunca como dulce pero en fin si las cosas no fueran así el mundo no sería mundo. Quisiera que le hagas presente mis saludos a toda la parentela de por allá así mismo a las amistades y diles que los recuerdo con mucha añoranza especialmente ahora que esto se va quedando tan sólido y que en lugar de pararme a mirar cómo crece el moho y la malahierba prefiero mirar para adentro como Torociego Venegas para sonsacarle a la memoria todo lo que hemos vivido y badulaqueado desde cuando éramos muchachos y andábamos por los proteros aprendiendo las malasmañas y la sirvengüencería a veces con sólo mirar una flor o un hueco de hormigas. Yo también hubiera querido salir de este monte pero la verdad es que me gusta andar suelto como los burros cimarrones y en la ciudad tú sabes muy bien uno tiene que aprender por fuerza y obligación a vivir como gente sujeto a toda clase de etiquetas para no dar que hablar por eso no me arrepiento de haberme quedado aquí en la ignorancia de manera que no te preocupes por mí que en buena cuenta estoy bien único mortificado por la diabetes que me ha cortado la vista y todo el santo día ando con la boca seca como si estuviera mascando ceniza aparte de que orino dulce casi miel tan azucarado que a veces me da pena tanto desperdicio y pienso que si estuviera allá donde ustedes que hay tanta gente y nadie sabe lo de nadie bien podría instalar una chichería para sacarle siquiera algún provecho a esta meadera de rico que ya me tiene cojudo. ¿Recuerdas que yo siempre te fastidiaba con eso de que se me seca la boca de es-

tarte hablando? Parece que el diablo me oyó y se la tuvo guardadita esperando la ocasión para ¡muácate! ajustarme las clavijas ahora que ya no estoy para tantos brincos no porque me falte carácter sino porque las coyunturas se me han entumecido con el ácido úrico y no sé qué miércoles más. Hoy por hoy sí que realmente se me seca la boca y sin necesidad de decir una palabra basta nomás que amanezca nublado o con sol para que comience la jodienda y como si tuviera un caldero en el estómago empiezo a echar flama por la boca igual que un basilisco. En cuanto a mi situación no te pensiones que yo con un puñado de maíz y un jarro de agua de pecuato tengo más que suficiente y hasta de sobra para el gasto de energías que hago a la muerte de un obispo o cuando se me acaba el agua de la botija y debo ensillar la mula para que algún culuncho vaya con los barriles hasta el pozo de La Palma donde brota la mejor agua para tomar ¿te acuerdas? Lo que sí te pido es que agarres un lápiz y me escribas aunque sea cuatro garabatos que para mi sería el mayor consuelo sobre todo porque sé que tú tienes gracia para poner el corazón y los sentimientos cuando escribes y es como si a uno le hablaras en persona y estuvieras sentada al frente con la palabra en los labios. Yo te recuerdo con tu peinado de rulos y ese vestido de flores morado con amarillo que lo más bonito que tenía eran los botones de vidrio labrado pero cuando te sueño nunca te veo así sino completamente diferente aunque no podría precisártelo cómo. Ahora último casi no sueño más bien de día veo visiones y oigo que me llaman. Debe ser la vejez digo yo porque de milagroso francamente no tengo ni el parecido salvo que recién se me haya despertado el sexto sentido que según dicen tenemos quienes hemos nacido a los once meses como en mi caso. Ahí ves tú que hasta la vejez tiene sus ventajas después de todo y no es nada del otro mundo que uno vuelva a llenarse de ilusiones como de muchachos cuando andábamos persiguiendo los sueños. Así es la vida. Como si fuera un juego volvemos al lugar de donde partimos. ¿Recuerdas que hasta en la candela queríamos leer el destino? Mirábamos la luna llena y cualquier rasgo nuevo nos colmaba de ilusiones. Cuando pienso en todo eso la vida se me aclara y todo lo que hemos vivido lo veo tan cristalino como el agua, por eso me gustaría que tú también me hables de estas cosas, tú que debes conservar la memoria más fresca para recordar toda la dicha que vivimos en este monte perdido. Si yo pudiera ahora me la pasaría hablándote hasta que me faltara el aliento pero ya ves que no sólo se me acalambran los dedos sino que el papel se me en-

coge y ya casi no tengo adónde meter estas letras. Por eso sin más que decirte me despido con un fuerte abrazo rogándole siempre al altísimo que te conserve bien de salud para felicidad de los tuyos y mía ya que plata no se le puede pedir al bendito.

de "*Tierra de Caléndula*"

GREGORIO MARTINEZ (Coyungo-Nazca-, 1942) Es autor de **Tierra de caléndula** (1975, cuentos) y **Canto de Sirena** (1977, novela-testimonio-canto). Premio de novela "José María Arguedas" 1977.

ANTES QUE AMANEZCA

(inédito)

Salió a la calle. Volvió a mirar la hora. Se dijo, entonces, que tenía el tiempo exacto. El viento fresco y húmedo de la madrugada lo hizo reparar en la soledad de la calle, en la luz empañada de los faroles, en ese mendigo que, allá, lejos, parecía un bulto o un extraño caracol tendido como estaba en la vereda. Sus tacones resonaban en el vacío de la noche. Apretó el paso. Y, al mismo tiempo, adoptó la actitud entre angustiada y atenta de quien busca una dirección o una señal que tarda en aparecer ante los ojos. Si alguien lo hubiera visto tendría que concluir que se trataba de alguien buscando un médico o una farmacia. Y eso era lo que deseaba. Pero nadie lo vio y nadie tuvo que imaginar cosas. La tarea solitaria lo esperaba. Palpó sus ropas para verificar lo que llevaba. Percibió el preciado artefacto, percibió también la resequedad de su garganta. Tragó saliva. El objetivo estaba allí, esperándolo. El tiempo era todo lo justo y todo lo cruel, como para no soportar vacilaciones o sorpresas. No obstante la pareja de policías que casi descansaban de pie, agotada ya la conversación y agotados los ojos por la extensa vigilia, se lanzó de espaldas contra la gran vidriera hacia la que había corrido, sorprendiéndolos, al tiempo que activaba la bomba y buscaba un lugar donde guarecerse. Todo fue entonces una luz intensa y un estruendo y un crujido de maderas y metales y una polvareda infame. Y luego, las sirenas y los silbatos de los policías y ese grito de ¡alto! conque pretendieron detenerlo. Disparó tres veces y corrió. ¡Alto!, le gritaron mientras le disparaban, también. Dobló la esquina, raudo como nunca, agitada la respiración, crispada la mano sobre la cacha del revolver aún caliente, aguantando y sobreponiéndose al dolor de su cuerpo sacudido por el aire pesado de la explosión. Se internó en el parque, saltó una valla y ahí fue que sintió algo parecido a un desgarrón o a una burbuja de aire en los pulmones. Se dobló por un instante, el lapso suficiente como para

sentir casi en la nuca la respiración de los guardias y el ruido mortal de sus armas. Corrió, corrió, hasta que al fin divisó su casa, la que podría ser una excelente trinchera donde vendería cara muy cara la libertad. Los ruidos de la calle estaban como atenuados, no sabía si por la gasa de niebla o por la presencia del bosque centenario. Como atravesando muros de cristal o montañas de tul, sintió unas campanadas en las que leyó la hora. Frente a él: su casa, la calle de todos los días, el silencio. Sí, el silencio. Contuvo entonces la agitación y frenó la carrera. Miró el vacío que había tras suyo y evaluó la estricta tranquilidad que ello le otorgaba. Reparó que sus pasos eran algo que se parecía a una sensación sin resonancias. Enfiló hacia su casa justo en el momento en que la puerta se abría. Se abría la puerta y se veía salir, con paso decidido, a cumplir esa misión que sabía desde siempre impostergable.

LUIS FERNANDO VIDAL (Lima, 1943). Ha publicado **El tiempo no es, precisamente, una botella de champan** (1977, cuentos), y **Sahumerio** (1981, cuento). Además, las antologías **Cuentos Limeños 1950-1980** (1982) y **Nuevo cuento peruano** (1984), esta última en colaboración con Antonio Cornejo Polar. Crítico literario, es autor de diversos estudios y dirige la revista **Garabato**, especializada en narrativa.

ESPERANDO

Mira cómo tengo los ojos de tanto andar observando el camino, el mismo camino por donde te fuiste jalado por los policías. Míralos cómo están de rojos que cualquiera diría que los tengo en carne viva, pero no es así. Ya no me veo bien y me desespero pensando que por mi mala vista no me haya dado cuenta de tu paso frente a la puerta de esta casa que ya no es igual a la que tú viste por última vez la mañana que te llevaron. Todo en ella se ha desmoronado y una vieja como yo no estaba ya para detener tanta caída, pero para que tú tengas algo de qué guiarte cuando regreses, he conservado la misma puerta de esa vez pintada con el mismo color.

Acuérdate que yo te he criado, ojalá te acuerdes en cualquier lugar donde estés. Que si ahora eres hombre y sorbes vientos a todo pecho es porque yo puse el cariño que no te tocaba por falta de madre, de ésa que se largó a vivir la vida por los rumbos de la sierra. Se fue con ese jugador que una noche talló en su nombre y ganó. Pero eso no importa, no es por ella que se me irritan los ojos sino por tenerlos tan abiertos ante esta maldita arena que no para de hacer remolino. Ojalá vengas para ya no estar de sol a sol parada en la esquina de nuestra casa apoyada en mi bastón mirando todos los días el camino. De noche no has de pasar, no serías tan desalmado. De noche no, porque mi ánima que ya recoge sus pasos no te dejará pasar: sólo espera tu llegada para irse de viaje para siempre.

Ojalá vengas y cuando me veas no me trates de vieja, no te apiedades de mí como si yo fuera un trasto inútil. Todavía te puedo cocinar, hijo, todavía tendría ganas de lavarte tus cosas y despertarte de mañana para que vayas a trabajar bien desayunado, saliendo por el mismo camino por donde te llevaron, pero ahora para verte regresar todas las tardes.

La casa se habrá caído poco a poco, los vecinos se han estado llevando los adobes, pero yo todavía no me desmorono; pero eso sí, no son estos ojos los que tengo en carne viva como dice la gente, es aquí dentro

del pecho que siento el río de sangre que brota de una herida. Hasta mañana, ¿cuándo vienes, hijo?

ROGER DIAZ ARRUE (Amazonas, 1954). Finalista en el concurso de Cuento Municipalidad de Lima 1983. En 1985 obtuvo una mención honrosa en el Concurso Copé de Cuento organizado por Petroperú.

Actualmente se desempeña como jefe de la sección cultural de la revista **Cambio**, y, es ayudante de cátedra en la Escuela de Literatura de la Universidad de San Marcos.

PURAS MENTIRAS

Por ver nomás, por demostrarles que eran puras mentiras, creencias decía yo, estuve trepa y trepa toda la noche ese cerro que hay camino a Lechuzal, cerro solito en medio de la pampa pelada, cerro encantado le dicen. ¡Cojudeces!, les gritaba yo, y ellos diciéndome que sí, que era verdad, que no lo hiciera, que ya había pasado una vez, y yo desafiante diciéndoles: ver para creer, señores. Porque a mí no me cabe en la cabeza eso de que por el sólo hecho de treparse, de darle la cara a ese cerro uno vaya a morirse o a ocurrirle cualquier desgracia. No, señor, eso sí que no lo creo. ¡Puras mentiras! ¡Por eso me trepé hasta la puntita, me trepé de puro terco que soy cuando no creo en algo en lo que todos están como embobados y temblando por lo que les pueda ocurrir. Entonces he estado trepando todo corajudo, hirviéndome la sangre. Además, para darme el gusto de que al momento de bajar todos me miren y se les quite la costumbre de andar creyendo en los cerros como si éstos tuvieran vida como la gente y que en cualquier momento puedan alargarse su manaza y juácate darle duro a cualquiera. Pero no es así. El cerro está allí paradote como cerro que es. A eso subí, y la pura verdad que no le he visto nada de encantamiento al cerrito ese, lo he visto igualito que cualquier otro cerro de los que se ven por acá, por el lado de Quebradahonda.

Allí arriba estuve buen rato mirando todos los recovecos que tiene el pedrerío ese. Pero por lo que sí es un gusto estar allí arriba es por la hierba que crece, porque le ponen a uno las ganas de probarlas y uno puede estarse traga y traga y no se empanza. Ya la bajada fue más rápida, además que yo me hacía la idea de que venía en cuatro patas porque bajaba tan rápido para llegar hasta aquí y decirles a todos los que esperaban a un lado del camino que sucediera cualquier desgracia en el pueblo o a mí alguna cosa rara, que no había nada del otro mundo. En eso venía pensando cuando ya estaba faldeando el cerro y vi que empezaban a agruparse, y cuando terminé de bajar todos comenzaron a desparramarse corriendo como locos y gritándome, no te acerques, Asunción, vete.

Yo que esperaba que me recibieran con agradecimiento por hacerlos ver que no sucedía nada subiendo ese cerro al que no podían acercarse nunca, me sorprendí cuando los vi corriendo como cabras locas. Hasta mi mujer la Jacinta la he alcanzado a ver alargándosele las patas corriendo como una loca. No me creen, y estoy pensando en que seguramente están creyendo que tengo algún pacto con el diablo como para que no me haya sucedido nada. Por eso es que huyen de mí, por eso seguramente corren para no darme cara. A mí me entró una risa tremenda al verlos de esa forma, y buen rato me he reído panza arriba y como rebuznando al verlos correr así por así.

Ahora parado aquí en medio de la placita me fijo bien y me imagino la pelotera de ojos que están asomando por las rendijas de las puertas. A lo lejos, desde la casa, escucho a la Jacinta que me grita, Asunción, vuélvete a tu cerro. Entonces toco todas las puertas gritando miren, aquí estoy sano y salvo, tóquenme para que vean que allí arriba no hay nada más que hierba y piedras. Cuando hablo de hierba se me va la boca en agua por ese pasto verdedito que hay allá arriba; y si la Jacinta insiste en no abrirme la puerta, me volveré para el cerro. ¡Guac! Ahora miro para este otro lado y veo al arriero don Julio que se me acerca y me pone un cabo en el pescuezo, me arrastra y me alinea con toda su piara de burros. Luego veo cómo me coloca unas pesadas alforjas en el espinazo como si me fuera a trozar en dos, pero en seguida me acomodo bien y siento un gustazo con esta carga. Voy adelante y una burra de don Julio se me acerca poniéndome las ancas como si estuviera alunada y a mí se me va la vida por hociquearle y hociquearle sus partes, como animándome a descargar toda mi bestialidad en ella que es la única que me soporta, a mí que he subido al cerro encantado que hay camino a Lechuzal y que he vuelto sano y salvo. Sólo con unas tremendas ganas de ponerme a comer hierva hasta cansarme...

de "Somos de junto al río"

CHRISTIAN FERNANDEZ (Piura, 1960). Recientemente publicó un libro de cuentos: **Somos de junto al río** (1986). Además ha publicado en revistas y diarios de la capital. Actualmente desempeña una ayudantía en la Escuela de Literatura de San Marcos.

LAS FACCIÓNES DEL CIELO

Si la vuelvo a mirar y la sigo mirando y remirando voy a decirme una vez más que es ella. Todos dicen, sin embargo, que no es. Que ya jamás lo será. Pero creo que su rostro no ha cambiado: ojeras que en la piel tersa resaltaban los ojos negros, negrísimos, sus mejillas rosadas y los labios de color de nuestras heridas. Afuera, en la calle traquetera una carreta, de esas que cargan arena y un hombre anuncia a gritos, desde su camioneta, la leche. El olor salado de las olas arriba entre ondulaciones, este friecito que ronda y silba no nos quiere dejar, el ya remoto efervescente sol del verano o la excesiva nariz del judío comerciante que hace un mes advino al puerto: cualquier posibilidad de evocación menos la que niega su presencia.

Desde una eternidad que exaspera, ella también debe mirarme. El mar es violento, a veces —parece recordarlo—. Y tantas veces escuchaste el furor de la marea, tantas otras percibiste la bravura del mar. Mas en este invierno crudo como todos los inviernos, ni lo escuchará ni sentirá. Los flores tienen una fragancia que no me agrada. Bueno, antes, las que recogíamos juntos en el huerto de mi abuelo, al compás de los gorjeos de aves ocultas en la remansada quietud del follaje, me gustaban. No estas flores, que también son hermosas pero tienen diferente destino, además después las relevarán por otras, por la marchitez.

No me fui a dormir cuando mi padre lo ordenó, anoche como a las diez; a través de la ventana de mi cuarto, en el segundo piso, seguí detalle por detalle la vigilia. Es una suerte que su casa esté frente a la mía. Entonces pude observar que los acompañantes tomaban café, fumaban, jugaban casino hasta el amanecer. Estás ojeroso; debiste haber dormido; los muchachos no están para estos trotes —dice mi padre en el desayuno—, con seguridad descubre en este rostro demacrado huellas de insomnio, adivina mi secreta y solitaria vigilia; en sus palabras falsamente severas no puede ocultarme su gran conmiseración. Aun mi hermana, que antes se burlaba, me observa condescendiente

y no dice nada. Mi madre tampoco dice nada. Y claro, ellos casi nunca me dicen algo.

Podría decirte que me arrepiento de muchas cosas. La astilla prendida de mi mano que, valerosa, extraía. También desaparecí, acobardado, las pocas veces que te atreviste ir a buscarme con alguna de tus amigas. Cuando le decía: Todo lo Tuyo me Gusta, y escondía la cabeza, como un avestruz. Y estoy recordándome observándote, desde mi refugio de avestruz, que te sonrojas. Ahora en su sala, cerca de ti, sólo fragmentos, añicos, astillas de pasado me eternizan sentado en una de las sillas y no sé del tiempo ni del espacio, de pronto este último está casi copado y nuevos retazos de nostalgia se arremolinan, me invaden por completo, lejanos murmullos de acompañantes que han regresado y ocupado las sillas son los indicios de que el momento será luego.

Suelo no llorar cuando lo deseo. Abandono la casa, cruzo la calle, ignoro a las gentes que esperan sentadas en las bancas colocadas en las aceras y entro en mi casa, subo a mi cuarto, salgo, vuelvo a subir instalado en el techo, distingo sin dificultad las *facciones del cielo*, y el cielo, ella debe saberlo, va a explotar: las nubes están grises y bastante cargadas y de un segundo a otro detonarán como dinamita. El tiempo es corto. Ya es la tarde y quien anuncia a gritos su producto no es el lechero sino el hombre que, en un viejo triciclo, vende el pan para el lonche. La gente está bien abrigada y el frío penetrante amenaza congelarla y la gente y el frío enmudecen ahora que se detiene un carro en la puerta de tu casa.

El cura baja del carro acompañado de tu padre y el silencio se subvierte; hay murmullos, tu padre está llorando. El llanto generalizado crece indefinidamente: el cura debe estar en la sala; el llanto se incrementa y parece llegar a un punto extremo: el cura debe haber llegado a tu lado. Desde aquí sospecho la escena y no pienso en ella, pienso en el vestido blanco, de encaje, que llevas puesto, en que podemos reunir con mucho cuidado todas esas lágrimas y hacernos un mar menos peligroso, sin hoyos desconocidos, ni profundos; entonces ya no importará la ausencia del salvavidas en invierno. El cielo explotará en un instante y estoy odiando el olor de las flores que empiezan a escoltar el cortejo. Nadie me ve, de nada se percatan. Ojalá los segundos fuesen eternos, pero aun la eternidad tiene sus límites. Dejo de examinar las nubes, que ocultan dinamita, miro la calle: la serena blancura del féretro contrasta con el fulgor sombrío de la tarde. Calculo

la distancia que hay de aquí, del techo de mi casa, al cielo abierto y despejado del asfalto. A veces la distancia acerca. Y el vacío que invita, que generoso se estrella con esta mirada pueril.

J. P. LLAQUE (Ferreñafe-Lambayeque, 1965). Ha publicado estudios sobre literatura peruana y literatura latinoamericana en revistas especializadas. Actualmente es director de la revista **Nueva Literatura Peruana**.

Primer premio —género cuento— en los III Juegos Florales 1983 de la Universidad Pedro Ruiz Gallo de Lambayeque.

Recientemente obtuvo una ayudantía en la Escuela de Literatura de San Marcos.

INDICE

Augusto Tamayo Vargas, Literatura	1
Washington Delgado, Literatura	6
C.E. Zavaleta, Literatura	10
Francisco Carrillo, Literatura	15
Manuel Velásquez Rojas, Literatura	18
Antonio Gálvez Ronceros, Lingüística	20
Carmen Luz Bejarano, Literatura	22
Willy Pinto Gamboa, Literatura	25
Edgardo Rivera Martínez, Literatura	28
José Antonio Bravo, Literatura	31
Winston Orrillo, Comunicación Social	34
Gregorio Martínez, Literatura	37
Luis Fernando Vidal, Bibliotecología	40
Roger Díaz Arrué, Literatura	42
Christian Fernández, Literatura	44
J. P. Llaque, Literatura	46

